

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-
tículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio
postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCIÓN: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACIÓN: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXV — Bogotá, Mayo y Junio de 1940. — Nos. 330-331

Introducción al estudio de Luis Vives

A tiempo que el mundo agoniza pendiente de máximos problemas cuya solución traerá consigo, no sabemos cómo, mudanzas fundamentales en el régimen de la humanidad, parece o inoportuno o inficioso traer a la memoria otro centenario y volver los ojos y la mente a un pasado, más que nunca remoto, para resucitar la semblanza de un hombre aparentemente muy extraño a los afanes y solicitudes contemporáneos.

¿A quién puede interesarle hoy el valenciano LUIS VIVES? Por allá en 1877 pareció que la erudición y agudo entendimiento de Menéndez y Pelayo lograbán sacarle de la penumbra o quizá de la noche en que yacían su nombre y sus obras. Coadyuvó al propósito del insigne polígrafo la contradicción que le opuso Pidal y Mon, y de esta gentil controversia se sacó en limpio que era posible y digna de intentarse una "resurrección de la filosofía propiamente española".

Aun nos deleitan las frases tan concisas como significativas que empleó Menéndez y Pelayo para hacer el panegírico de LUIS VIVES: llámale a boca llena "el más prodigioso de los obreros del Renacimiento; renovador del Método antes que Bacon y Descartes, iniciador del psicologismo escocés"; dice que "sustituyó con un sistema completo el an-

tiguo; que fue punto de partida de un movimiento tan poderoso como el que arranca de Descartes, puesto que nacieron del vivismo el peripatetismo clásico, o aristotelismo puro, sin mezcla de averroísmo ni escolasticismo, el ramismo español, tendencia de oposición dura y sistemática a Aristóteles, el onto-psicologismo de Fox Morcillo, defensor de las ideas innatas, el cartesianismo ante-cartesiano; dice que su nombre debe colocarse tan alto como los de Descartes, Kant y Hegel, porque se ha bautizado con los pomposos nombres del baconismo, cartesianismo y escuela escocesa diversos jirones del manto de VIVES". Habla también Menéndez y Pelayo de VIVES "es la crítica del Renacimiento personificada"; consiente, en fin, en que sea apellidado 'ecléctico', pero añade: "Ecléctico en cuanto admite la verdad venga de donde viniere; ecléctico en cuanto no sobrepone a la propia razón y al propio criterio la razón de los maestros y el criterio de una escuela determinada; ecléctico en cuanto no acata la autoridad sino en las cosas que son de fe; ecléctico en cuanto profesa el gran principio *In necessariis unitas, in dubiis libertas*; ecléctico porque no desdeña ninguno de los elementos y tendencias del pensamiento humano, sino que los comprende y armoniza todos, como están comprendidos y armonizados en la conciencia; ecléctico en cuanto no declara guerra a Platón en nombre de Aristóteles, como los escolásticos, ni a Aristóteles en nombre de Platón, como la escuela de Florencia".

A tan grandes elogios yo no sé que correspondiera una proporcionada afición a LUIS VIVES, ni que en escuelas y universidades se le comentara con toda la curiosidad que merece un precursor tan señalado de la filosofía moderna. Ignoro también si el innegable influjo que ha tenido Descartes en el pensamiento francés puede compararse al que VIVES haya ejercitado en el español. Y no me atrevería finalmente a afirmar ni a negar que la restauración del vivismo con que soñaba Menéndez y Pelayo para gloria de España, haya sido tan real y efectiva como él la quería y procuraba.

Ni deja de ser digno de notarse que la obra estrictamente filosófica de VIVES no es muy extensa si se compara

con las demás producciones suyas. Aquí a la vista tengo el inventario de todas ellas redactado por don Gregorio Mayans, peritísimo bibliógrafo y muy devoto admirador de VIVES como lo prueba la espléndida edición valentina que le consagró en 1782. No menos de sesenta y cinco obras enumeró Mayans, y de ellas solamente las once siguientes tratan *ex professo* de cuestiones filosóficas:

De Initiis, Sectis, et Laudibus Philosophiae. (En Lovaina, 1518).

In Aristotelis Opera Censura. (En Brujas, 1538.)

In Pseudo-Dialecticos. (En Lovaina, 1519.)

De Disputatione. (En Brujas, 1531.)

De instrumento probabilitatis. (En Amberes, 1531.)

De Explanatione cujusque Essentiae. (Ibidem.)

De Censura Veri in Enuntiatione. (Ibidem.)

Censura Veri in Argumentatione. (Ibidem.)

De Prima Philosophia, sive de Intimo Naturae Opificio. (Ibidem.)

De Anima et Vita. (En Brujas, 1538.)

De corruptis Artibus. (En Brujas, 1531.)

Esta última obra es sin comparación la más larga que escribió VIVES; muchos quizá la estimarán como la más interesante y la que mayores probabilidades ha tenido de llamar la atención de la posteridad estudiosa. Me expreso en esta forma porque ignoro si el tratado *De Corruptis Artibus* ha sido objeto de comentarios especiales.

Lo que sí parece cierto es que la "glorificación de VIVES ha sido bastante tardía. Otros hombres del Renacimiento, muy inferiores a él en talento y en doctrina, han pasado a la posteridad con un prestigio superior al de sus méritos. Ni es raro hallar tratados de Historia de la Filosofía o estudios monográficos sobre el Renacimiento en que la figura de nuestro gran humanista aparece en segundo término". (Enc. Espasa). Aun podrían citarse autores muy recientes (Thonnard o Sortais, por ejemplo) en cuyas Historias de la Filosofía no se halla mención alguna de VIVES; otros se contentan con dedicarle de pasada poquísimas líneas bio-bibliográficas, por ejemplo: M. de Wulf.

Lo cual no deja de sorprender a quien repase los títulos que Menéndez y Pelayo declara ser propios de VIVES. Precursor de Bacon y de Descartes, iniciador del psicologismo escocés, punto de partida de un movimiento tan poderoso como el que arranca de Descartes, padre del ramismo español, del onto-psicologismo de Fox Morcillo, predecesor del escepticismo de Sánchez y del empirismo sensualista de Huarte y doña Oliva, merecedor, en fin, de que su nombre se coloque tan alto como los de Descartes, Kant y Hegel, etc. Cualquiera se imagina que un filósofo dueño de tales ejecutorias habría debido dejar en el mundo de las inteligencias y en la nomenclatura de los sistemas una memoria más ahincada y universal que la que dejó JUAN LUIS VIVES. Ocasión hay aquí de sorpresa, sobre todo después de leer esta otra frase del mismo Menéndez y Pelayo: "De VIVES procede la filosofía moderna, así en lo bueno como en lo malo".

Pero la tal sorpresa va desvaneciéndose al reconsiderar las explicaciones que se dan en La Ciencia Española de todas y de cada una de las frases transcritas. De ellas resulta, *verbi gratia*, que VIVES no fue original ni fue único en esto de adelantársele a Bacon en preconizar el método experimental. "En cuanto al *empirismo baconiano*, ya he indicado cómo y por qué nace el *vivismo*. El procedimiento de inducción y el experimentalismo fueron conocidos y practicados por los griegos, sobre todo por Aristóteles, a quienes malamente se ha acusado de ignorarlos". Y como uno de los méritos del Renacimiento fue el divulgar los textos auténticos del saber griego, es claro, que el experimentalismo "conocido y practicado por ellos" tenía que solicitar la atención y curiosidad de muchos ingenios.

Huarte y doña Oliva fueron en España campeones del *sensualismo*. ¿Lo fueron por influjo de VIVES? El sistema de estos dos autores ¿puede lógicamente deducirse de los principios de VIVES? No —responde Menéndez y Pelayo—; la doctrina de Huarte y de doña Oliva no puede decirse que es doctrina de VIVES: "Yo no la he dado por tal, limitándome a decir que el uno y la otra tienen *alguna relación con VIVES*". Con lo cual se debilita mucho el parentesco que pudieran tener entre sí. Porque, al fin y al cabo, es hartó ve-

rosímil que quienes discurren filosóficamente por unos mismos campos y en tiempos no muy apartados, coincidan en algunas apreciaciones y —caso más frecuente de lo que parece— tengan una *originalidad simultánea*, quiero decir, que descubran por sí mismos lo que otros también han descubierto.

Por otra parte, la deuda de doña Oliva para con VIVES se liquida por Menéndez y Pelayo en esta frase de no muy fervoroso encarecimiento: "El análisis de las pasiones, hecho por doña Oliva, se parece mucho a ciertos capítulos del tratado *De Anima et Vita*".

Y en cuanto al influjo de VIVES sobre Huarte tampoco sería muy poderoso ni muy decisivo si nos atenemos a lo que, sin prudentes restricciones, dice don Marcelino: "Buena parte de las sagaces y agudas observaciones de Huarte sobre la variedad de los ingenios y de los estudios que convienen a cada uno, están fundadas en conceptos de la obra *De disciplinis*. Lo cual no es decir que Huarte carezca de originalidad; antes la tiene grandísima, al exponer a su modo el recíproco influjo de lo moral y de lo físico..."

Aun suponiendo que VIVES hubiera señoreado por completo las mentes y los estudios de Huarte y de doña Oliva Sabuco, todavía podría preguntarse si ello es parte, y parte principal, a que se diga que "de VIVES procede la filosofía moderna, así en lo bueno como en lo malo". Porque reconociendo que Huarte y doña Oliva fueron muy eminentes y atrevidos pensadores, no creo que en los dominios de la filosofía europea (no digo en los de la erudición) hayan representado un papel de importancia. Dentro de la misma España su influjo no puede calificarse ni de constante, ni de definitivo, ni de general.

"Renovador del método antes que Bacon y Descartes", dice en una parte Menéndez y Pelayo. Pero leemos en otro lugar: "Del cartesianismo ante ni post cartesiano no debe responder VIVES sino hasta cierto punto. Real y verdaderamente él no parte de la duda metódica..."

"Del vivismo nació el escepticismo de Sánchez". Grande y exquisito ingenio fue el de Francisco Sánchez, de cuya obra (verdadera curiosidad bibliográfica) debe decirse que

por el nervio y desenfado es una mina de deleite y entretenimiento mentales. Mas el antecesor y maestro inmediato de Sánchez parece ser aquel Agripa autor del curioso libro intitulado. *De Vanitate omnium scientiarum* que también es predilecto de los bibliómanos. Lo que salga a deberle a VIVES lo señala el mismo Menéndez con estas palabras: "A decir verdad, sólo procede de VIVES por la tendencia crítica, aunque exagerada y fuera de quicio... Si en notar y corregir varios errores de la ciencia antigua y en algunas observaciones sobre la incertidumbre de las ciencias parece discípulo de VIVES, en lo demás es un insurrecto".

Y no hay para qué proseguir esta comparación de las opiniones, un tanto absolutas, que formuló Menéndez y Pelayo en sus cartas a *Mr. Masson redivivo y a Mr. Masson redimuerto*, y de los comentarios que él mismo les hizo en la otra carta intitulada *In dubiis libertas* que figura en el segundo tomo de *La Ciencia Española*.

Lo que resulta de este cotejo es que el nobilísimo talento de JUAN LUIS VIVES respondió con creces a las exigencias intelectuales de su época y les dio voz y forma en sus escritos. Lo mismo hicieron con mayor o con menor fortuna otros autores contemporáneos. Trabajaban todos dentro de un mismo ambiente y así es muy comprensible que inculcaran y propugnaran ideas semejantes o idénticas. Ellas, por decirlo así, andaban en el aire y constituían una especie de patrimonio común que cada ingenio explotaba y clarificaba con la mucha o poca originalidad que Dios le daba, y decontando uno que otro maestro que por causas diversísimas lograba asentar su dominio en las inteligencias y hacerse universalmente famoso, los demás proseguían la tarea obedeciendo a las tendencias entonces comunes, mereciendo con entera justicia el nombre de "artífices y obreros del Renacimiento", y escribiendo sobre asuntos que, siglos más tarde, aparecerían como simientes de grandes sistemas ideológicos.

"Aparecerían" —digo por aquello de que "continuidad no es causalidad" y de que es sofisma peligroso eso de afirmar: *post hoc, ergo propter hoc*. Aclararé esto citando otra vez a Menéndez y Pelayo que al hacer con laudable y ex-

quisito celo el inventario de la ciencia española, encuentra que a ella se deben los descubrimientos "del platino, de los rudimentos del telégrafo eléctrico, del arte de enseñar a los mudos y a los ciegos", etc. Todo lo cual es ciertísimo aunque absolutamente independiente de los sistemas o investigaciones que nos han conducido al desarrollo y aprovechamiento de tales hallazgos. Una cosa es que Leonardo de Vinci deba ser contado entre los precursores de la aviación por cuanto el vuelo humano figuró siempre entre sus máximas preocupaciones y porque hizo cuanto pudo por realizarlo; pero otra cosa muy distinta es que los autores y técnicos de la aviación existente se hayan inspirado en los cálculos y en las notas de Leonardo, o que sin él no pudiera explicarse la aeronáutica moderna. Francamente no creo que pueda decirse de Leonardo de Vinci que fue un antecesor de Farman y Bleriot como no sea por pura analogía, por comunidad de tendencias y retrospectivamente.

Algo por el estilo sucede con la afirmación de Menéndez y Pelayo: De VIVES procede la filosofía moderna, así en lo bueno como en lo malo". Si se tomaran estas palabras a la letra, no sé yo cómo podría calificarse el acervo de la filosofía griega y su influjo —ése sí patente y continuo e inagotable— sobre toda filosofía renacentista o moderna.

Talvez sería mejor admitir buenamente que todas o casi todas las cuestiones que se agitan en la filosofía moderna se muestran como en germen y apuntan en las lucubraciones de VIVES. Pero de ahí no se sigue que tales anticipos fueran precisamente la causa o la ocasión, el origen o el punto de partida del ulterior desenvolvimiento que otros autores les dieron a esos mismos problemas. Hasta es muy probable que Descartes, Bacon, Hamilton, Kant y Hegel, de cuyos sistemas se ha dicho que no fueron sino "jirones del manto de VIVES" hubieran ignorado completamente las obras y aun el nombre del erudito valenciano.

Probable, en efecto, ya que los mismos coterráneos de VIVES no mostraron sino poquísima solicitud por estudiarlo y frecuentarlo. Lo cual no deja de ser extraño tratándose

de un pensador a quien Menéndez y Pelayo celebra como "la más elevada personificación de la España científica".

Si lo fue, ¿cómo se explica que no tuviera traductores? Porque VIVES, a semejanza de Erasmo y de otros patriarcas del Renacimiento, escribió siempre en latín, y por cierto con ejemplar decoro y limpieza. No tuvo, sin embargo, quien trasladara al castellano sus disquisiciones filosóficas, como lo demuestra el catálogo de las obras de VIVES hecho por el peritísimo don Gregorio Mayans el año de *mil setecientos ochenta y uno*, es decir, casi *dos siglos y medio* después de la muerte de JUAN LUIS. A esas horas no se registran sino cinco obras de VIVES traducidas al español, y son las siguientes:

Instrucción de la Mujer Cristiana, por Juan Justiniano.

Introducción y Camino para la Sabiduría, Su traductor fue Francisco Cervantes de Salazar.

Introducción a la Sabiduría, traducida por Diego de Astudillo.

Diálogos de la Lengua Latina, por Cristóbal Coret y Peris.

Tratado del Socorro de los Pobres, por Juan de Gonzalo Nieto.

Y para que no quede duda de que las versiones de VIVES eran muy raras, Mayans concluye su catálogo con esta admonición: "Si alguien tiene conocimiento de algunas otras traducciones de nuestro autor, desearíamos nos las comunicara en beneficio de los lectores".

Se dirá acaso que por aquellos tiempos el latín era de uso común entre los estudiosos, y que por consiguiente so-
braban las traducciones de la obra filosófica de VIVES. A lo cual podría responderse que entre los coetáneos de VIVES andaban muy bien traducidas las obras de Erasmo, como lo atestigua el "Índice" del Cardenal Quiroga que por allá en el primer cuarto del siglo XVI menciona "todas las obras de Erasmo en romance". ¿Por qué —se pregunta uno— no se hizo con VIVES lo que se hizo con Erasmo? ¿No merecía acaso los honores de la traducción el hombre que, según dice Menéndez y Pelayo, era por entonces el "filósofo

más original y de más hondo influjo en el pensamiento europeo"?

Quedaría, no obstante lo dicho, la hipótesis de que VIVES era muy leído y comentado directamente en su texto latino. Mas por desgracia esta opinión resulta contradicha por el ya citado don Gregorio Mayans, sabio admirador de VIVES y conocedor ilustradísimo de las fuentes de su historia, como lo demuestra el monumental estudio que antepuso a la edición valentina de 1781. A la página 219 escribe Mayans: "Por cuanto JUAN LUIS VIVES, varón incomparable, pasó su vida y dio a la luz pública sus trabajos literarios fuera de España, sus compatriotas no pudieron gozar de tan ricos frutos *a causa de la escasez de ejemplares*. Por otra parte, después de hecha la edición de Basilea el año de 1555, *las obras de VIVES no se han impreso sino raras veces*"

De esta cita resultan dos cosas igualmente desfavorables para el influjo de VIVES sobre el pensamiento español y sobre el pensamiento europeo, La una es que en España no era mucha la lectura de VIVES, y la otra es que, en el resto de Europa, la difusión de los escritos de VIVES se veía estorbada y contenida por la incuria de las imprentas, por la rareza de las ediciones, por eso, en fin, que dice Mayans: "Post Basileensen collectionem anno 1555 adornatam, *raro viviana opera ars typographica excudit*".

Lo peor del caso es que Juan Jacobo Brucker, a quien algunos consideran como fundador de la Filosofía de la Historia, en el libro *Historia Philosophiae*, publicado en 1723, dice lo siguiente:

"Tengo por cierto que VIVES debe contarse entre los varones más letrados de su tiempo. No se empeñó en exhibirse como filósofo ni en ilustrar con nuevas lumbres la filosofía; *fuera de unos pocos libros y de algunos breves tratados* que figuran en el tomo tercero de la edición *frolleñiana* (es a saber, *De la corrupción o decadencia de las ciencias y de las artes. De la enseñanza, de la filosofía primera, de la explicación de las esencias, censura de lo verdadero, del instrumento de la probabilidad, y De la disputación*), nada más consignó por escrito tocante a la filosofía ("Nihil, amplius quod ad philosophiam spectet scripto tradidit"). No de-

be, sin embargo, omitírsele en la historia filosófica del siglo XVI, ora a causa del libro intitulado *De los comienzos, de las sectas y de las alanzas de la Filosofía*, ora a causa de sus escritos polémicos”.

Quando esto se escribía en Alemania contábanse *ciento diez y siete años* de la muerte de JUAN LUIS VIVES. Por muy mala voluntad que supongamos en Brucker, la cita anterior no se aviene con la aseveración de Menéndez y Pelayo: “VIVES fue el filósofo de más hondo influjo en el pensamiento europeo”. Quiero decir que ni por allá en 1723, ni sesenta años más tarde, en tiempo de Mayans, se le habían reconocido a VIVES los títulos de “filósofo el más original y de más hondo influjo en el pensamiento europeo”, de “personificación la más elevada de la España científica”, de “hombre representativo de la crítica en el Renacimiento”. Obra del siglo XIX fue la exaltación de VIVES por todos estos aspectos.

No vaya a pensarse, sin embargo, que JUAN LUIS no hubiera tenido quien le tributara elogios competentes, o que faltaran sumos ingenios que llamaran la atención de los estudiosos hacia su obra. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana* (edición romana de 1672) dice de VIVES que “se propuso emplear toda su industria y toda la agudeza de su ingenio en acrisolar las artes literarias y limpiarlas de la barbarie y decadencia en que se hallaban, no menos que en merecer de la posteridad que su nombre quedara consagrado entre los más ilustres de su tiempo”. Y por su parte Paulo Jovio (o Giovio), muerto en 1552, ensalza la memoria de VIVES llamándole “varón peritísimo en todo linaje de disciplinas, benemérito de las bellas letras y tan versado en ellas que, a su muerte, no quedó en España quien le aventajase en doctrina” (“quo decedente doctior nemo ni Hispania superfuit”). Algo nos sorprende que advertencias tan autorizadas y tan tempranas como las trascritas, no hubieran apresurado la glorificación de VIVES, o por lo menos no fueran de provecho para despertar por sus obras un interés y curiosidad proporcionados.

Quizá podría afirmarse que el verdadero empalme de VIVES con la filosofía moderna se halla en los nexos o

vínculos intelectuales que unieron su nombre con el de Bacon. Sobre lo cual es digna de mención la frase de Mayans: “Asentó VIVES los cimientos firmísimos de esa filosofía verdadera que luégo habría de construir Francisco Bacon”. (In Vita, pág. 113). A la sazón, no podía sugerirse con más claridad que VIVES fue realmente, y no por casualidad o por simple coincidencia, uno de los precursores de la renovación de los métodos científicos. Renovación —añadiré— sin la cual apenas pueden concebirse los adelantamientos que contemplamos en el orden material.

Pero, ¿y en qué consiste el sistema baconiano? ¿Cuál es en sustancia su contextura ideológica?

Ateniéndonos a los puntos principales que se tocan en la *Instauratio Magna* de Bacon, se pueden formular estos principios:

1. Antes de establecer un axioma o proposición general, es preciso considerar los hechos, multiplicar las observaciones y reiterar las experiencias.

2. La inducción que procede por simple enumeración no es suficiente; la inducción verdadera y legítima compara entre sí los fenómenos a fin de excluir los que no implican causalidad.

3. En punto de ciencia la autoridad de los maestros que nos precedieron, no es concluyente. De tal autoridad, de la de Aristóteles, en particular, han abusado las escuelas.

4. Las hipótesis no son aceptables; debemos, por tanto, enfrenar la imaginación que las inventa.

No sigamos adelante sin notar que de estos cuatro principios, el último es exageradísimo. Porque nadie ignora hoy, sobre todo después de lo dicho por Poincaré acerca del valor de las hipótesis, que ellas pueden ser fruto, y muy considerable, de las más rigurosas investigaciones, y que, en tal caso, prestan servicios considerables ora como estímulo, ora como instrumento. Otra cosa es que haya hipótesis nacidas exclusivamente de la imaginación. Si las hubo en tiempos de Bacon, no creo que le hayan sobrevivido mucho.

Que VIVES haya preconizado el método de observación o experimental, es cosa sabida; que VIVES despoje a Aristóteles de la autoridad que le atribuían los escolásticos en la

Edad Media, tiénelo muchos por el mayor merecimiento de JUAN LUIS; que mire con desvío y con inquina las fórmulas *nocionales* o puramente abstractas, las generalizaciones estrictamente especulativas y deductivas a que se aplicaron con estupenda sutileza las escuelas medioevales, todos lo hemos oído decir. Pero de ahí a que VIVES sea el inspirador de Bacon y no simplemente su antecesor, hay gran distancia.

Bacon mismo no fue original. Su doctrina no aparece en el siglo XVI como una novedad inesperada. La de VIVES, tampoco. Un siglo antes de Bacon, a tiempo que las escuelas se contentaban con ceñirse a los antiguos para comentarlos indefinidamente, *Leonardo de Vinci* llevó la lumbre de la crítica por casi todos los campos de la ciencia, y dio preceptos muy justos, muy verdaderos y muy filosóficos para que las mentes se guiasen en la investigación y descubrimiento de las causas de los fenómenos físicos. Con ello, quebrantó el predominio de la mera autoridad, desacreditó la tan socorrida apelación a “las cualidades ocultas de las cosas”; proclamó, en fin, la experiencia como guía certísima. Repitió, además, que para alcanzar el conocimiento de los fenómenos naturales y sacar de ahí el mayor fruto posible, se debía comenzar por la observación, pasar a la experiencia y con ayuda de ésta, descubrir las causas correspondientes, formular las leyes o reglas del caso y comprobarlas por medio del cálculo. De esta manera compendia Guillaume Libri el sistema de Leonardo de Vinci. (*Histoire des Sciences mathématiques en Italie...*)

Sería algo fastidioso hacer aquí el recuento de los autores que con anterioridad a Bacon y a VIVES prepararon “la sustitución de la Física moderna a la Física de Aristóteles; empeño —dice P. Duhem (*Etudes sur Leonard de Vinci*, 1913)— que necesariamente suponía muchos conatos, tentativas y conjeturas por el estilo de los que se hacían en la Universidad de París cuando enseñaban allí Juan Buridan y el normando Nicolás Oresme, uno y otro doctores escolásticos del siglo XIV”.

Lo que deja el ánimo más en suspenso acerca de la influencia de VIVES sobre Bacon de Verulam, es que en ninguna parte de las obras del Canciller filósofo se hace men-

ción de VIVES. Cosa extraña si se considera la multitud de nombres, antiguos y contemporáneos, que Bacon hace gala de citar, unas veces para respaldarse con ellos y muchas más veces para ensayar los aceros de su crítica, que por cierto no peca de benévola. Teofrasto Bombast de Hohenheim, más conocido con el nombre de Paracelso, Pedro Soerensen, Jerónimo Cardano, Bernardino Telesio, Francisco Patrizzi, Giordano Bruno, Tomás Campanella y otros de mayor o de menor fama, desfilan por las páginas de Bacon y son objeto de los juicios más diversos. Pero el nombre de VIVES no se registra. Precisamente cuando se trata de los sucesos y fortunas del “método experimental” y de la necesidad de que lo adopten los estudiosos, asunto en que vendría como de molde la invocación a JUAN LUIS VIVES, Bacon dice estas palabras: “Paracelso y Soerensen han invitado a los hombres a que se aprovechen de la experiencia y la practiquen; por tal razón quiero que sean *heraldos de mi filosofía*”. Esto último permite suponer que Bacon no hacía mucho caso de los “precursores”.

Aun hay más. Cuando Bacon habla de las novedades que se iban introduciendo en el campo de la ciencia, ¿a quién le atribuirá la preeminencia entre los reformadores, a quién llamará “primero” entre los hombres del Renacimiento? Bacon ignora aquí por completo a JUAN LUIS VIVES y afirma rotundamente que, a su juicio, Bernardino Telesio es ese hombre: “novorum hominum primum agnoscimus”. (*De Principiis...* Sp. III. 114. Cit Sortais).

Y no se olvide que Telesio fue contemporáneo de VIVES.

Lo que se ha dicho en estos apuntes talvez deja la impresión de que VIVES no fue tan conocido de sus coetáneos ni de las generaciones subsiguientes como hubiera debido serlo. Obras y merecimientos le sobaban para conquistar admiración, fama y discípulos; pero me atrevo a pensar que su índole mansa y retraída que se hermanaba muy bien con la timidez, le hacía poco apto para alternar con las gentes que distribuyen honores y preseas, esquivo además para negociar reputación sonora y crédito aventajado entre los eruditos.

Mansedumbre, retraimiento, timidez... de todo eso había en JUAN LUIS VIVES; mas no porque fueran hombre de ánimo apocado sino porque arregló su vida conforme a aquella máxima de Séneca: "*Muchos hay que podrían llegar a la sabiduría si no creyesen que son sabios*".

Tocaima, mayo de 1940.

LOUIS CARSAT

